

PERMANENCIA EN EGIPTO

DIA DIEZ Y NUEVE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Invenērunt qui non quærebant me; dixi: Ecce ego, ecce ego ad gentem quæ non invocabat nomen meum.

Isa., LXV, 1.

Populus quem ignoro serviet mihi.

Ibid.

Attenuabit Dominus omnes deos terræ, et adorabunt viri de loco suo.

Sophon., II, 11.

Confortate manus dissolutas, et genua debilia roborate. Dicite pusillanimis: Confortamini et nolite timere. Tunc aperientur oculi cæcorum, et aures surdorum patebunt; tunc saliet sicut cervus claudus, et aperta erit lingua mutorum; quia scissæ sunt in deserto aquæ, et torrentes in solitudine; et quæ erat arida, erit in stagnum, et sitiens in fontes aquarum.

Isa., XXXV, 3-5.

Vocabo non plebem meam plebem meam; et non dilectam, dilectam, et non misericordiam consecutum, misericordiam consecutum.

Rom., IX, 25.

Dedi te in fœdus populi ut suscitares terram, et possideres hæreditates dissipatas; ut diceres his qui in tenebris: Revelamini.

Isa., XLIX, 8.

In Christo Jesu, vos qui eratis longe, facti estis prope; ipse est enim pax nostra qui fecit utraque unum.

Ephes., II, 13.

Relinquent idola sua et venient; et gaudebunt adorantes.

Tob., XIV, 8.

Habitantibus in regione umbræ mortis, lux orta est eis.

Isa., IX, 2.

Elongavi fugiens et mansi in solitudine.

Psal., LIV, 8.

Secessit in Ægyptum, et erat ibi usque ad obitum Hærodes, ut adimpleretur quod dictum est a Domino per prophetam dicentem: Ex Ægypto vocavi filium meum.

Matth., II, 14-15.

Si scires donum Dei!

Joan., IV, 10.

Medius vestrum stetit quem vos nescitis.

Joan., I, 26.

Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est! habitantibus Cedar; multum incola fuit anima mea.

Psal., CXIX, 5-6.

Dimitte me ut revertar in patriam meam.

Genes., XXX, 25.

Particeps ego sum omnium timentium te, et custodientium mandata tua.

Psal., CXVIII, 63.

Loquebatur in corde suo, tantumque labia ejus movebantur, et vox penitus non audiebatur.

I Reg., I, 13.

Ne aduerseris mihi ut relinquam te et abeam: quocumque perrexeris pergam, et ubi morata fueris et ego pariter morabor. Deus tuus, Deus meus.

Ruth, I, 16.

Dicebant mulieres: Hæc est illa Noemi? Quibus ait. Ne vocetis me Noemi, id est pulchram, sed vocate me Mara, id est amaram, qui amaritudine valde replevit me Omnipotens.

Ruth, I, 19-20.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.

Matth, XVI, 24.

Surge et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi.

Matth, II, 13.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Oh santo de los santos, á tí venimos desde el fondo de nuestro destierro, pobres hijos de Eva, para que con tu auxilio, tu dirección y tu protección podamos hallar el santuario de la verdad. Sabemos que nada saca el hombre de sus fatigas en la tierra, pero ligados aquí por los vínculos de la costumbre no podemos entrar voluntariamente en el dominio de la verdadera libertad de corazón. (*Bernard. serm. 2. sup. salve*).

II. Hasta la venida de la reina de los cielos, el género humano halló delicias en este lugar de destierro, de modo que no echaba de menos ni deseaba ir á la perdida patria de la verdad. María fué la primera que abrió el camino que conduce á la verdadera patria, y al dar al mundo en su Hijo la verdad, que es la patria de las almas, ha facilitado la entrada en ella á todas las almas. (*Id. Ibid.*)

III. También nosotros, desgraciados hijos de Eva, hi-

jos de la desobediencia, hijos de una madre culpable, venimos á tí, oh madre de la misericordia; venimos á verte para que te apiades de nuestras desdichas, reconociendo en nosotros tu propia naturaleza; ven y derrama en nosotros la caridad que destinas á los adoradores de tu Hijo: ven, Señora, para que conozcan nuestros enemigos el poder que te ha dado el Señor para que protejas á tus hijos. (*Id. Ibid.*)

IV. Al salir para su destierro, toma el camino del desierto, llevando consigo á su Hijo. Vivió durante siete años en tierra extranjera, sin parientes y sin recursos. Nadie la auxilió. Sola con su Hijo y con José, permaneció aislada entre el pueblo idólatra. ¡Cuántos trabajos y sufrimientos! (*Sto. Tomás Valent. assumpt. Bell. V.*,

V. Cuando los santos esposos entraron en Egipto, fueron derribados y convertidos en polvo todos los ídolos de este país. Así lo había predicho el profeta Isaías. Se refugiaron en una villa conocida con el nombre de Heliópolis, donde vivieron siete años en una pobre casa que adquirieron con grandes trabajos; no se comunicaban sino con muy pocas familias y vivían del fruto de su trabajo. (*S. Bonav. Medit. vit. Christ. 12*).

VI. Meditad acerca de lo que voy á deciros. ¿Con qué medios contaba la Sacra Familia para vivir siete años en un país extranjero? ¿Mendigaba acaso el pan cotidiano?..... Lo que se sabe es que nuestra bienaventurada Reina se procuraba con el trabajo de sus manos lo suficiente para mantenerse y mantener á su Hijo. Cosía é hilaba siendo la reina del universo, porque siempre amó la pobreza, que practicó con José durante su vida, lo que no la impidió prodigar á su Hijo toda clase de cuidados, atender al arreglo de su casa y entregarse á la oración una parte del día y de la noche. (*Id. Ibid.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Nada dice el Evangelio acerca de la permanencia de María en Egipto; solamente dice que advertido José por un ángel, volvió de su destierro y se fijó con su familia en Nazareth; pero fácil es conocer que debió sufrir mucho durante su destierro. El destierro es siempre causa de tristeza porque se está lejos de la patria; pero María vivió siempre tranquila y resignada, porque el destierro, que es tan penoso para los mundanos, deja de serlo para los que saben encontrar á Dios, y María tenía consigo á su Jesús, á su Dios.

También podemos nosotros hacer que nos acompañe Jesús en nuestro destierro, porque Él es el Señor de toda la tierra.

I. «Dios nos ve:» este es un motivo poderoso para que procuremos evitar el pecado.

Tal fué el grito de Susana en el momento crítico en que se veía amenazada su virtud.

Tal fué también el grito de José en presencia de la fuerte seducción á que se vió expuesto.

Tal fué el grito de una pecadora que volvió al desierto para hacer penitencia por los crímenes que había cometido.

II. «Dios me ve:» este es un motivo poderoso para que velemos con cuidado sobre todas nuestras acciones.

Si recordamos esto á menudo, rezaremos con devoción, respetaremos los lugares santos, seremos reservados, circunspectos y caritativos en nuestras conversaciones, resignados en nuestros sufrimientos, y en un sólo día adquiriremos grandes méritos para el cielo.

III. «Dios me ve:» este es un motivo poderoso de consuelo para nuestras almas.

Sufro y lloro porque soy víctima de la injusticia de los hombres; pero Dios es testigo de cada uno de mis sufrimientos y lleva cuenta de mis suspiros y de mis lágrimas: *Cum ipso sum in tribulatione.*

IV. «Dios me ve:» poderoso motivo para mi perfección. *Ambula coram me et esto perfectus,* decía Dios á Abraham.

Sin el ejercicio habitual de la presencia de Dios, nunca se progresará en la piedad. Sin esta práctica no es posible la vida interior.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Después de un viaje de ciento cuarenta leguas, los fugitivos llegaron á Heliópolis, en donde su pueblo había fundado una colonia. En esta ciudad se elevaba el templo de Jehová, que Onías había hecho construir por el mismo plan de la Casa Santa. Los adornos de ese templo egipcio igualaban casi al otro; únicamente en muestra de infelicidad, una lámpara de oro macizo suspendida de la bóveda, reemplazaba al famoso candelero de los siete brazos de Jerusalén. A las puertas de esta ciudad, cuya población se componía en gran parte de egipcios y de árabes idólatras, había un árbol majestuoso del género de los *mimosa* ó *acacia*, al cual los árabes del Yemen establecidos en las orillas del Nilo tributaban una especie de culto. Al acercarse la Santa Familia al árbol-ídolo, inclinó lentamente sus ramas frondosas, como para ofrecer el *salem* al joven Señor de la naturaleza que María llevaba en sus brazos; y si ha de creerse al historiador Paladio, en el momento en que los divinos viajeros pasaban bajo los arcos de granito de la puerta que dá entrada á la ciudad de Heliópolis, todos los ídolos de un templo cercano cayeron de sus pedestales, hundiendo la faz en el polvo.

José y María no hicieron más que atravesar la ciudad del Sol, y se dirigieron á Matarich, linda aldea sombreada de sicómoros, en donde se encuentra la única fuente de agua dulce que hay en todo el Egipto. Allí, en una habitación semejante á una colmena de abejas, en la que las palomas hacían su nido, la familia refugiada descansó tranquilamente lejos de Herodes.

Según una multitud de autores respetables que tienen en su favor la tradición, apoyada en la verosimilitud, la Santa Familia permanió siete años en Egipto, á donde se encuentran todavía algunos vestigios de su residencia. La fuente en que iba María á lavar los lienzos en que envolvía

á su Hijo; el otero cubierto de zarzales en que los extendía para sacarlos al sol; el sicómoro á cuya sombra se complacía en ir á sentarse con el Niño á sus rodillas, allí están todavía después de diez y ocho siglos. Los peregrinos de Europa y de Asia conocen el camino, y los descendientes de los Faraones les tributan honores. A cada sitio está adherida como el musgo á las paredes humeadas de una ruina religiosa, alguna leyenda sencilla de aquel tiempo pasado.

En Nazareth había llevado María una vida humilde y laboriosa; pero en Heliópolis conoció la miseria bajo todos sus horribles aspectos. Era necesario crearse recursos, cosa tan difícil estando lejos de la patria y en un pueblo dividido en corporaciones nacionales y hereditarias, que no tenía ningún afecto ni consideración hacia los extranjeros.

"Como eran tan pobres, observa San Basilio, es evidente que tuvieron que entregarse á los trabajos más penosos para procurarse lo necesario...." Pero ¡ah! ¿este necesario lo tendrían siempre.....? "Con frecuencia, dice Landolfo de Sajonia, el Niño Jesús, acosado por el hambre, pedía pan á su Madre que no podía darle más que sus lágrimas....." —(Orsini, *La Virgen*).

II. Durante aquellos años fué verdaderamente Heliópolis corazón del mundo: ni por su hermosura, ni por su riqueza era nada el jardín del Eln comparado á la ciudad egipcia; los ángeles bajaban á porfía para admirar y adorar el tesoro que en ella se encerraba. Allí, sin que los hombres lo sospecharan siquiera, llegaban las plegarias, los suspiros y las roncadas esperanzas del mundo entero: allí los acentos de pena y dolor de la ciudad misma, de la misma calle, de la casa misma quizás en donde habitaba el verdadero Dios, resonaban en sus oídos de Hombre. Día y noche emanaban del alma humana de Jesús, con más abundancia que la más alta inundación del Nilo, actos sobrenaturales de consumada santidad y de precio infinito, merecedores de gracia bastantes á fertilizar todo el desierto de un mundo degradado. ¿Y cómo encarecer la hermosura del corazón de María durante aquellos años? Su santidad crecía incesantemente; su unión con Dios, íntima ya como no cabe explicarlo en teología alguna, estrechábase más y más cada vez de tal modo, que ya la Madre parecía casi idéntica con el Hijo, cuanto lo consiente la distancia infinita que media entre el Criador y la criatura. También se acrecentaban al par los dolores de María; en su corazón vivía íntegra y perpetuamente duradera la aflicción causada por el primero, acrecentada por las nuevas aflicciones de este dolor segundo. —*Faber, María al pie de la Cruz, cap. III*.

III. Esto es lo poco que nos ha ocurrido sobre lo inacabable, que decirse puede acerca de la huida á Egipto, segundo de los misterios dolorosos de María. ¿Quién no le ha venerado como devoción predilecta de su infancia? ¿quién no ha comenzado por Él su aprendizaje de piadosas meditaciones? Tipo de vida ha sido para nosotros: poema bañado en oración, y oración fecundada por su misma celestial poesía. ¡Oh! Él nos recuerda años ya pasados y lágrimas también pasadas; y con su recuerdo evocamos la imagen de los amados que ya no son: memorias infantiles, florecencia primera de nuestras almas cultivadas por Dios, y que nos dió frutos de

gracia, infundiéndonos amor divino, marchito alguna vez, corrompido nunca, y con su mismo aroma señalándonos la vía para conocer á Jesús. Todas estas imágenes, iluminadas con el suave resplandor de nuestra inocente niñez, invaden serenamente nuestras almas al meditar este hermoso misterio de Jesús y de María, y renuevan en nuestro espíritu la edad remota en que parece como si hubiéramos sido uno con Jesús, en que su Madre y la nuestra se confunden indistintas en una sola forma y nos hablan con un sóio é iléntico acento. Y con esto, el tramontar del sol allende los secos arenales, y el ingente disco lanzando sus últimas llamaradas en el desierto horizonte y reflejando sus rayos en las cansadas pupilas del anciano José; y á Jesús durmiendo en el regazo de su Madre, y la luna derramando su tibia luz sobre el grupo celestial, y la cisterna donde el agua centellea, y la palmera que besa el aura suspirando, y la nocturna brisa que abate su tardo vuelo sobre la candente arena. Mas ¡ay! los muertos no vuelven: en otro tiempo completaban ese cuadro, figuras que ya borró la muerte. Y los años nos devoran al pasar. Y uno tras otro, van desapareciendo hombres y cosas..... ¡Oh locura humana! Dios no falta nunca. —(*Faber, María al pie de la Cruz, cap. III*).

IV. Cuando la Sacra Familia entró en Egipto, los ídolos que se adoraban en los templos de esa comarca cayeron por sí mismos de los altares, y entonces fué cuando se realizó la profecía de Isaías que había anunciado la caída de las falsas divinidades. María y José con el Niño se dirigieron á una ciudad llamada Heliópolis, cerca de la cual se establecieron en una casa humilde, y allí permanecieron siete años, pobres, extranjeros y careciendo algunas veces de alimentos.

Fijad vuestra atención en que ignoramos cómo se procuraban los recursos necesarios para vivir, y si se vieron obligados á mendigar. La tradición nos dice solamente que la Santísima Virgen se procuraba con el trabajo de sus manos las cosas necesarias para sí y para su Hijo, que manejaba el huso y la aguja y vivía en la pobreza. Si, el Hijo y la madre amaron la pobreza en que vivieron hasta el fin de sus días.

¿Cuánto nos complacemos contemplando a la reina soberana, ganando su pan con el sudor de su frente, manejando el huso y la aguja, entregada á trabajos de manos y haciéndolo todo sin repugnancia, con alegría, humildad y constancia!

No le impedía este trabajo velar solícitamente por su Hijo, cuidar de su casa y pasar algunas horas en santa oración. Seguid este santo modelo, mujeres todas, y conveceos de que no en vano mereció nuestra reina soberana el trono que ocupa. —(*S., Bonav, in Medit. vit Christ., cap. XII*).

V. Para realzar la gloria de esta fuga se ha recurrido á tradiciones dudosas y aun á invenciones pueriles, según las cuales el Niño Dios manifestó su divinidad por medio de milagros, en esta circunstancia de su vida. Uno de estos milagros consistiría en que, durante su huida á Egipto, se conmovieron algunos ídolos y cayeron por sí mismos á su paso. Otro nos lo representa entretenido en modelar con tierra, pajaritos que toman vida en sus divinas manos y vuelan al cielo. El Evangelio ha desdeñado estos adornos para atenerse á lo verdadero, que es mucho más sublime. Dos

prodigios análogos, pero mucho más dignos del Hijo de Dios, revelaron su divinidad en esta huida. El primero, que, siendo niño tiernecito, pusiera ya en conmoción, no á dioses de piedra ó de metal sobre sus bases, sino á dioses de carne, á potestades en sus tronos, y las trastornara el juicio hasta enloquecerlos. Esto es lo que vemos en esa *turbación* de Herodes de que habla el Evangelio, y en esa horrible extravagancia de la degollación de Belén: esto es lo que nos aparece más aún en aquel *terror* del coloso romano que para precaverse contra este niño aún no nacido, decreta la inmolación de todos los mismos varones que nazcan dentro de un año: vanos furios que comienzan la serie de memorables persecuciones que el paganism opondrá á Jesucristo y que no impedirán el cumplimiento de esta expresión de María, de que son ya preludeo y presentimiento: *Deposuit potentes de sede.*—(Nicolás, *La Virgen, según el Evangelio, cap. XIV*).

ARTICULO V

PLATICA XIX

MARÍA, REINA DE LA FAMILIA

No han nacido el hombre y la mujer para vivir aislados en la tierra, á menos que les haya predestinado la Providencia para las sublimes grandezas de la virginidad. Llega en la vida una hora en que se encuentran, la religión les junta las manos, desciende sobre ellos la gracia de Dios y el sacerdote les bendice. Y forman entonces una alianza tan estrecha, que los dos cuerpos no son más que uno solo. *Una caro.* Tal es el principio y la cuna de la familia. ¡Cuánto abarca la palabra familiar! ¡Qué horizonte tan vasto se abre delante de ella! Como el hombre, como Dios, como la sociedad y como todo lo que descansa en las grandes y sólidas unidades de lo pasado, la familia tiene, hoy más que nunca, enemigos que se empeñan con afán por destruirla. Esta cosa santa y grande estorba á las gentes pequeñas y degradadas de nuestra época, que quisieran ponerla á su nivel. Para conseguir su objeto

ponen en juego mil medios reprobados. Lo que primeramente han hecho, ha sido establecer el matrimonio civil, muy respetable mientras se concreta á ser un contrato de registro y seguridad pública; pero absurdo y peligroso desde el momento en que se arroga los derechos que Dios no ha delegado sino á su Iglesia, y quiere convertirlo en sacramento-contrato.

Al casar el Estado como lo hace la Iglesia, ó por decirlo así, según lo que Dios ordena, dá el primer hachazo contra la familia. ¿Qué es en nuestros días el Estado sino el pueblo soberano, y qué es por lo mismo el pueblo soberano sino la pasión soberana? Tened presente que la pasión no se guía por ningún principio y que no tiene más móvil que su soberano capricho. Hoy destruye lo que hizo ayer; mañana destruirá lo que hoy haya hecho. Por esto vemos como una legítima consecuencia del matrimonio civil que en todas las tribunas se aboga en favor del divorcio. Y ¿qué cosa es el divorcio más que la destrucción de la familia en su basa, separando al hombre de la mujer á consecuencia de un capricho de la misma ley? Una vez separados el padre y la madre, ¿qué será de los hijos, pobres huérfanos abandonados, que renegarán ó del padre ó de la madre ó de entrambos á la vez? Tal vez el Estado, dizque encargándose de su porvenir, les procurará una madrastra y procurará calentarle con el calor artificial que pagará al efecto; quiere decir que el Estado se convierte en nodriza. ¡Vaya una misión sublime!

Pero tened en cuenta, y téngala el pueblo todo que no pudiendo resistir á la invasión que va haciendo la impiedad oficial, acabaréis por no poder disponer de vuestros hijos, pues si los mandáis á las escuelas oficiales, se pondrá en su enseñanza un sello que destruirá todos los esfuerzos hechos en el hogar.

Una vez admitido el divorcio y separado el padre de la madre, ¿qué será de la suerte de los hijos? Por fortuna

María está siempre con nosotros y la Iglesia católica no nos abandona, y juntos podremos resistir á la impiedad. El pasado nos garantiza lo futuro. En otros tiempos existía la poligamia, y los polígamos han acabado por aceptar la santa unidad del matrimonio. Los reyes mismos han visto caer sobre sí la excomunión de la Iglesia y han puesto el hasta aquí á sus uniones ilegítimas. El pasado nos representa la Alemania y la Inglaterra sucumbiendo á sus pasiones, y la Iglesia perdiendo en sus intereses antes de permitir que sufrieran las leyes inviolables del matrimonio.

Ved el imperio que ejerce la Virgen María en el matrimonio, y por lo tanto en la familia. Al desertar Lutero y Calvino del seno de la Iglesia, pretendieron llevar consigo á Jesucristo, ó lo que es lo mismo, obrar según la ley de Jesucristo; pero rechazaron á la Madre del Redentor, su culto y sus altares, y la santidad del matrimonio naufragó en el seno del protestantismo, como si sólo María hubiese recibido el privilegio de mantenerle entre los cristianos. ¿Y habrá alguno de nosotros que dude de que disfrute María de este privilegio? En la naturaleza todo obedece á sus leyes, que están enlazadas unas con otras según un plan mismo. La misma regla rige en el orden de la gracia. Todo nos viene por María y todo se mantiene en él por María. ¿No es ella la que ha ensalzado la castidad de la mujer, manantial del imperio que ejerce en el hombre y de la gloria que en el hogar doméstico la rodea? ¿No es ella también la que ha dado al nombre de madre un lugar casi sacerdotal entre los hombres desde que Jesucristo pasó á ser su Hijo? ¿No se debe á su unión con San José el que sepan los hombres cuál es el papel que desempeñan en el hogar doméstico como hombres y como esposos? María desempeñará su misión entre nosotros mientras la levantemos altares, lo que afortunadamente no cesará jamás. Los padres y las madres verán

siempre á la casta Virgen, su modelo, en pie al lado de José, ofreciendo al Niño Jesús á quien educaron con esmero. Y al pie de este divino grupo se verá siempre á un sacerdote diciendo á la madre de familias: «En nombre de la Virgen, oh madres y esposas, guardad con recato el honor del lecho nupcial, no dejéis que lo asalten las pasiones. Dad de mamar á vuestros hijos para que no se mezcle á vuestra sangre una sangre extraña. Velad su infancia. Enseñadle á respetar á su padre terrestre de quien ha recibido la vida del cuerpo, pero enseñadle también á levantar las manos y los ojos hacia el padre celestial que le ha dado el alma hermosa que refleja brillante en su cándido rostro.» Y también dirá á los padres y á los esposos mostrándoles á San José: «Oh, vosotros que empuñáis el cetro de la familia, ved en este que fué escogido por Dios para llenar una misión semejante á la vuestra, lo que debéis á vuestra compañera y esposa, á la madre de vuestros hijos. Débil es, pero vosotros la sostenéis; es amorosa y vosotros la formaréis con vuestro amor el cuadro de su dicha; tímida es, mas vosotros le infundiréis valor; trabajosa es su carga, pero la partiréis vosotros con ella; vive en el seno del hogar, pero vosotros seréis los compañeros de su soledad. Vuestros hijos, pues tal vez llegaréis á tenerlos para que sean el báculo de vuestra vejez, os rodearán con sus tiernos cuidados y no les confiaréis á manos mercenarias, especialmente al llegar á la edad en que el alma se forma á semejanza de aquellos con quien tienen mucho contacto.—Vosotros, que tanto os envaneceís de ver en el cabello de vuestros hijos el color que vuestros cabellos tuvieron, y tanto os complacéis al ver brillar en sus ojos el fuego de vuestras miradas, ¿podréis ver con gusto que tienen inclinaciones distintas de las vuestras y gustos que en nada se parecen á vuestros gustos? Quisierais que vuestros hijos entregaran á otros que no fuérais vosotros sus buenas cualidades y

virtudes? No por cierto, porque queréis que se os parezcan por entero. Pues bien, puesto que es así, semejantes al león que no abandona sus cachorros, defendedlos contra la impiedad, y defended á un mismo tiempo vuestros derechos de padres de familia; no los entreguéis á otros. Sólo los padres y las madres reciben del cielo la misión de educar á sus hijos hasta cierta edad. El que quiera despojarles de ese derecho que el cielo les ha dado es un usurpador y un tirano. No dejéis que os asalten en vuestro hogar, pues llámese como se llamare, divorcio ó enseñanza oficial, no será más que el destructor de la familia. Si para sostener vuestros derechos debéis luchar, recordad que tenéis una Reina poderosa, venid á ella confiados, postraos á sus pies y ella os dará fuerza para que triunféis sobre vuestros enemigos.

PERDIDA DE JESUS

—
DIA VEINTE
—

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Ostende mihi faciem tuam; sonet vox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis et facies tua decora.

Cant., II, 14.

Donec aspiet dies et inclinentur umbræ, revertere, similis esto, dilecte mi, caprea hinnuloque cervorum super montes.

Ibid., 17.

Per noctes quæsi quem diligit anima mea; quæsi illum et non inveni. Surgam et circuibo civitatem, per vicos et plateas, quæram quem diligit anima mea; quæsi illum et non inveni.

Id., III, 1.

Invenierunt me vigiles qui custodiunt civitatem: num quem diligit anima mea vidistis?

Ibid., 3.

Cœpit mater ejus flere et dicere: Baculum senectutis nostræ tulisti, et transmisisti a nobis, sufficiebat enim nobis quod videbamus filium nostrum.

Tob., V, 23, 25.